

EL QUEHACER PROFESIONAL DEL PEDAGOGO. UNA REFLEXIÓN IMPRESCINDIBLE Y CONTEMPORÁNEA

*Recibido: 9 noviembre 2018 * Aprobado: 4 marzo 2019*

OFELIA PIEDAD CRUZ PINEDA
UPN Puebla
ofeliapiedad@hotmail.com

Resumen

Los cambios sociales, políticos y culturales obligan a reflexionar el quehacer del pedagogo por su función de problematizar la enseñanza y la función de saber en toda relación educativa formal o informal. Este examen exige pensar los desafíos y las perspectivas de futuro del pedagogo en el mundo educativo contemporáneo, sobre todo, ante las pretensiones de girar el sentido de lo educativo a exigencias de eficacia y eficiencia, y de suponer la problemática educativa como homogénea y buscar soluciones universales, soslayando la heterogeneidad y diferencia que distingue a la educación. El pedagogo en estas circunstancias deberá asumir una responsabilidad ética, política y estética al instaurar una relación educativa, además de advertir que en ésta circulan los procesos afectivos. Este artículo se divide en tres apartados. Primero, presento apuntes sobre la pedagogía y los desafíos del pedagogo; segundo, esbozo las perspectivas del quehacer del pedagogo y tercero, expongo consideraciones finales.

Palabras clave: pedagogía; papel del pedagogo; formación de pedagogos.

Abstract

Social, political and cultural changes require reflection on the pedagogue's task because of its role in problematizing teaching and the function of knowledge in any formal or informal educational relationship. This inspection requires thinking about the challenges and future prospects of the pedagogue in the contemporary educational world, above all, facing the claims for turning the sense of education into demands for efficiency and effectiveness, and of assuming the educational problem as homogeneous and looking for universal solutions, bypassing heterogeneity and difference that distinguishes education. The pedagogue in these circumstances must assume an ethical, political and aesthetic responsibility in establishing an educational relationship, in addition to warning that in this relationship circulates affective processes. This article is divided into three sections. First, I present notes on the pedagogy and the challenges of the pedagogue; second, I outline the perspectives of the pedagogue's task and third, I expose final considerations.

Keywords: pedagogy; role of the pedagogue's; formation of pedagogue's.

Introducción

En la vida educativa contemporánea es indispensable reflexionar el quehacer de uno de los profesionistas estrechamente relacionados con lo educativo: el pedagogo. No sólo por su vinculación con los procesos formales de la escolarización, sino también por su participación en todas aquellas prácticas que implican una acción formativa no escolar. Además, por su inminente problematización de la enseñanza, punto nodal de construcción del discurso pedagógico que analiza las prácticas de transmisión del saber.

El pedagogo problematiza la relación educativa sostenida por la transmisión de conocimientos que será siempre incompleta, y soportada por la articulación de posiciones de poder que regulan el vínculo entre maestro y estudiante. Este planteamiento reconoce que el deseo por lograr una adquisición de conocimientos exitosa y eliminar el poder en la relación educativa, es una tarea imposible. Sin embargo, esta imposibilidad es a la vez su propia condición de posibilidad, porque el vínculo entre el maestro y el estudiante solo se constituye ante un saber y un poder. Esta cuestión reclama una discusión epistemológica en el discurso pedagógico. Este artículo tiene el propósito de contribuir a la formación epistémica del pedagogo, para posibilitar el desarrollo de un discurso pedagógico argumentado y fundamentado, y no como una operación técnico-instrumental.

En este sentido, situar el quehacer del pedagogo exige una discusión conceptual de orden epistemológico para pensar qué hace y cómo se desempeña el pedagogo. Reflexionar esta cuestión, permite trazar algunos desafíos que enfrenta y las perspectivas que se dibujan en el horizonte profesional.

Para desarrollar mi argumento, este artículo presenta una problematización sobre la pedagogía y los desafíos a los que se enfrenta el pedagogo; segundo, esboza de manera general las perspectivas del papel de este profesionista y tercero, expone consideraciones finales.

Antes de continuar con los apartados propuestos, se exponen de manera sucinta algunas consideraciones de la institucionalización de la pedagogía en México, con el fin de situar la discusión de este escrito. Es un hecho innegable que en el vasto mundo de la literatura en educación y pedagógica pueden localizarse múltiples maneras de referir a diferentes autores, desde los clásicos es innegable la presencia de Comenio, pasando a Kant, Rousseau, Pestalozzi, hasta Herbart, Dilthey, Durkheim y Dewey.

En otra línea, están autores que buscaron dar cuenta de una historicidad de la educación y la pedagogía, "como las de Compayré (1902), Monroe (1905), Luzurriaga (1980) o como las de la pedagogía mexicana de Manzano (1900), Castellanos (1909) o Larroyo (1947)

que acotan la descripción de su desarrollo a los límites de un territorio” (Juárez, 2007: 13). Estas miradas permiten comprender la preocupación por el estudio de la pedagogía y de la educación. Juárez (2007) retoma a Luzuriaga para señalar que “por educación entendemos [la intención] [por] formar, [y] a la reflexión sistemática sobre la educación la llamamos pedagogía [...]”. La historia de la pedagogía estudia el desarrollo de las ideas e ideales educativos. [Para Larroyo] la teoría pedagógica describe el hecho educativo; [...] indaga los factores que lo determinan, las leyes a que se halla sometido y los fines que persigue” (p. 14).

Es necesario reconocer la presencia de discursos que convergen y a la vez se distinguen. La pedagogía es un campo que se ha construido entre la teoría y la práctica, características de su objeto de estudio, lo educativo.

A la pedagogía le compete “impedir que se caiga en recetas fijas, de evitar que se cristalicen los métodos y los valores, [y] llevar a cabo aquella misión de apertura hacia lo nuevo y lo diverso [...]” (Abbagnano y Visalberghi, 1993, p. 15). La reflexión de la pedagogía entraña una rigurosa y sistemática voluntad intelectual para situarla en el debate educativo contemporáneo, sobre todo, en estos tiempos que nos obligan a pensar en qué consisten los fines y el espíritu de la educación. Herbart, señaló que:

Un método educativo sólo puede justipreciarse por el adulto que contribuyó a formar; no basta con conseguir [...] una laboriosidad en el presente escolar. ¿De qué sirve a un niño asimilar perfectamente una determinada disciplina, si ésta solo consigue embotar su ingenio? ¿De qué le sirve incluso adoptar una cierta conducta cívica si, ulteriormente, las vicisitudes políticas y sociales enrancian y hacen inadecuado tal comportamiento [...] Los valores pedagógicos, como los morales o políticos, permanecen siempre más o menos ambiguos, más o menos engañosos, porque dependen de su continuo desarrollo (Château, 1985, p. 12).

En México la sistematización del saber pedagógico como alternativa para atender los problemas educativos de nuestro país, está asociado al trabajo que emprendió de manera particular Francisco Larroyo, a quien se le reconoce haber sido uno de los principales impulsores del estudio del pensamiento de los clásicos de la filosofía. Larroyo, emprendió un nuevo estilo de hacer y practicar la pedagogía planteándola como una profesión con dimensión científica y filosófica. “La teorización pedagógica y el desarrollo epistémico-conceptual del campo pedagógico en México [...], se desarrolló de manera importante en el ámbito universitario, entre los años cuarenta a sesenta del siglo pasado” (Rojas, 2006, p. 7). La pedagogía en nuestro país, es la disciplina que se constituyó en profesión universitaria desde mediados del siglo pasado y se distingue por poseer un discurso conceptual y también operativo para analizar los problemas educativos.

La pedagogía que se instaló en la universidad debe su corpus a centenarias producciones de textos reflexivos y/o propositivos de intelectuales (Rousseau), sacerdotes (Comenio), directivos (Horace Mann), maestros con oficio de escritor (Pestalozzi, Neill, Freinet), médicos con ideas educativas (Montessori), académicos de diversas disciplinas (Durkheim), filósofos profesionales (Dewey), instituciones (La Ratio Studiorum de los jesuitas) (Furlan, 1995, p. 28).

Sin duda, el pensamiento de otros autores también puede ser mencionado y variar la intensidad de su apropiación en nuestro contexto, uno de éstos es Comenio, un clásico del pensamiento educativo, pensador que se desplaza entre el final de la Edad Media y la apertura de la Edad Moderna. El sistema comeniano se distinguió por comprender, retener, practicar, y promover la pacificación de la humanidad. Para Comenio el concepto de enseñanza y método son elementos que articulan la formación humana. “El planteamiento comeniano en términos de un discurso nuevo [...] constituyó un sentido fundante para la pedagogía; [...] de una nueva pedagogía traducida en la definición de una nueva didáctica, [...] de una moderna teoría de la enseñanza y el aprendizaje” (Rojas, 2006, p. 20).

El tema de la enseñanza es complejo, “es relativo, es tanto que nunca alcanza. Aun los esfuerzos más nobles y los avances más osados culminan inevitablemente con un no obstante o con un no basta [Sin embargo,] hay que enseñar porque las nuevas generaciones [están en el] mundo [con otras] señas, [con otros] signos” (Alliaud y Atelo, 2011, p. 15, 23).

La educación nos remite a los procesos amplios [...] mediante los cuales las sociedades transmiten a las nuevas generaciones formas de pensar, de sentir, de hacer [...], la pedagogía nos remite a la manera en que profesionalmente se llevan a cabo los procesos de transmisión de conocimientos y comportamientos, lo que implica una direccionalidad, una selectividad y una concentración de la tarea en un espacio y tiempo definidos y controlados. [Así, al] referirnos a lo educativo o a lo pedagógico, hacemos referencia a un recorte metodológico [del] entramado de la vida social y cultural, que expresa esas redes de relaciones que apuntan a la educación o a la pedagogía (Aguirre, 1997, p. 21).

¹Kant en su obra *Pedagogía*, ofrece un planteamiento filosófico para pensar el campo educativo. También es importante destacar *Pedagogía General* de J. F. Herbart; *Ensayos sobre pedagogía* de H. Spencer y *Escritos pedagógicos* de G.W.F. Hegel. Asimismo, P. Natorp neokantiano señaló que la pedagogía se debe apoyar en toda la filosofía, no solo en la ética y de las disciplinas que tengan que ver con la educación como fenómeno complejo. La pedagogía como disciplina es estructurada en la filosofía moderna alemana en el siglo XIX, aunque desde el siglo XVII se encuentra en la didáctica. “El progreso desde una didáctica científica a una pedagogía científica se realizó en el siglo XVIII, de Comenio a Herbart, como disciplina se conforma en el desarrollo de Herbart” (Díaz-Barriga, 1995, p. 51-52).

² La institucionalización y conformación del campo de conocimiento pedagógico en México principalmente entre 1940 y 1960 está ligada a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Desde la fundación de la pedagogía universitaria, Larroyo, “buscó trascender [...] lo pedagógico circunscrito a la formación docente, para establecer una teoría de la formación humana sustentada en el neokantismo [...], en el curso de la legitimación del oficio de pedagogo –entre los treinta y cincuenta–, [se] privilegia [un] quehacer técnico [para] dar respuestas a las necesidades educativas del país. Así, nuestro campo quedó escindido y señalado desde su fundación” (Aguirre, 1997, p. 21).

La delimitación de la pedagogía se deriva de contextos y en formas conceptuales distintas. “Los conceptos de enseñanza, orden, método y didáctica son previos a la utilización del concepto de pedagogía. [Sin embargo,] se puede observar que en la dinámica de estructuración conceptual, los términos contribuyeron a dar forma a dicha conceptualización y después, cuando la pedagogía se torna en una teoría sistemática, quedaron [sobredeterminados] a ella” (Rojas, 2006, p. 19). En la configuración del discurso de la pedagogía se observa la circulación, el desplazamiento y la fijación de diversa tendencias.

El concepto de pedagogía se va desplazando y ocupa una posición diferente en el panorama del pensamiento educativo contemporáneo, [...] cuando se articula con la conformación de las tradiciones disciplinarias. Mientras que en la tradición alemana pedagogía equivale a la ciencia de la educación, en las tradiciones francesas y anglosajona no alcanza el estatuto científico por carecer de un modo teórico-metodológico que dé sustento al conocimiento que le es propio (Rojas, 2006, p. 25).

La mención de estos autores, desde los clásicos, hasta quienes se preocupan por dar cuenta de la historicidad de la pedagogía, permite ubicar algunos de los rasgos que han contribuido a través del tiempo, a institucionalizar la pedagogía en nuestro país. Los pensadores extranjeros y nacionales han dejado profundas huellas en la ordenación discursiva del campo. Estas consideraciones, expuestas de manera sucinta, dan pauta para problematizar a la pedagogía y al quehacer del pedagogo en nuestra contemporaneidad.

La pedagogía y el pedagogo.

La pedagogía centra su preocupación en lo educativo, para su estudio requiere el uso riguroso de entramados teóricos-metodológicos que permitan: a) construir objetos de estudio; b) diseñar horizontes de investigación para la problematización y la conceptualización de los fenómenos educativos y c) reconocer, sobre todo, que la educación es compleja y su estudio está situado en la articulación de campos disciplinarios diversos, por ejemplo, la filosofía, la historia, la sociología, la política, la antropología, la economía, etc. La pedagogía exige articular conocimientos de procedencias disciplinares diversas, con el propósito de lograr la comprensión de lo educativo, como expresión de la educación, y explicarse cómo se forman los sujetos educativos (profesores y estudiantes).

Al nutrirse de otras disciplinas, la pedagogía articula y hegemoniza ciertos aportes teóricos para estudiar lo educativo. En este devenir, el pedagogo se constituye en un proceso formativo híbrido, una formación mestiza que se distingue “a partir de los discursos disciplinares que lo interpelan en su formación y quehacer profesional [...], el pedagogo es un tipo de profesionalista que cumple funciones diversas, pero todas ellas vinculadas con algún ámbito de la educación en general (formal, no formal e informal), y [el] rasgo identitario que ha hegemonizado [al pedagogo es su capacidad de intervenir] en [resolver] problemas, [atender] necesidades, [diseñar] procesos [e identificar] situaciones educativas que requieren ser atendidas para su solución y mejora” (Navarrete, 2008, p. 159).

Si recuperamos algunos rasgos de carácter histórico, es importante mostrar que el tema de la enseñanza y la intervención son constantes en el ámbito de la formación de los pedagogos. Navarrete (2008), señala que a partir de la segunda mitad del siglo pasado los pedagogos se distinguen de la siguiente manera:

Para los egresados de los años cincuenta ser profesor o ser pedagogo representaba una vocación de servicio, mientras que para los años setenta y noventa, la idea de ser pedagogo estaba pensada desde el mercado laboral y de la ocupación profesional. En los cincuenta, el campo de ejercicio laboral era el de profesor, pero además los de capacitación docente, dirección, organización o administración escolar; para los setenta, el campo se amplía y ya no se trataba sólo de esos espacios sino además los de asesoría, orientación e investigación educativa; en los años noventa el pedagogo se inserta en espacios empresariales, de vinculación social, educación de adultos así como en todo aquello que tenga que ver de alguna manera con el terreno educativo (Navarrete, 2008, p. 163).

Además de lo mencionado en el párrafo anterior, el pedagogo incluye entre sus preocupaciones y ocupaciones la formación y la práctica docente; el diseño de los planes y programas de estudio; la didáctica; la tutoría; las tecnologías de la información y la comunicación, y otros temas sociales emergentes (la ecología; el género; la violencia, etc.). En suma, diseña proyectos y programas educativos e incluye las estrategias para concretarlos. Un riesgo del ejercicio profesional del pedagogo es dar:

por sentado que los problemas de la enseñanza se resumen en: lograr un mejor conocimiento sobre las asignaturas y una mejor pedagogía, una división mayor de las tareas educativas para proporcionar una fuerza laboral más comprometida y eficaz, dedicar mayor atención a los procesos de socialización que se producen en la escuela. [Asimismo, otro supuesto es] que el conocimiento y razonamiento

3 Para Navarrete se puede hablar de pedagogo “como un producto híbrido, donde están presentes elementos constitutivos de la disciplina pedagógica” (Navarrete, 2008, p. 159).

práctico de los profesores puede realmente conducirnos a llevar reformas [educativas] más adecuadas (Popkewitz, 1998, p. 64)

El quehacer del pedagogo es una configuración que responde no sólo al avance de la disciplina, sino también a las demandas institucionales y culturales. Si bien el significante que bordea a la pedagogía es la enseñanza, ante la centralidad de la función del saber (saber escolar), es indispensable incorporar en la reflexión epistemológica de la formación del pedagogo, la acción de intervenir en los espacios sociales como la escuela.

La acción de intervenir alude a un discurso de un antes y un después, es una especie de entremedio in-between caracterizados por dos momentos que pretenden modificar una cuestión educativa. Si el pedagogo trabaja en la escuela, sobre todo, la pública, deberá advertir que está rodeada de rutinas, de costumbres, de acciones cosificadas; situaciones que parecen normales pero que no lo son, también deberá observar la existencia de entrecruzamientos de múltiples historias institucionales y de significados que responden a una situación social e institucional específica. Este reconocimiento implica comprender un antes para explicar un después de la intervención, acción que está situada en el entremedio de la relación educativa. La acción de intervenir se vuelve un desafío de envergadura ontológica (por qué existe así el ser y no de otra manera), epistemológica (preguntarse por la construcción y desarrollo del conocimiento escolar) y metodológica (examinar diferentes procesos para modificar las prácticas educativas), ante la sedimentación de prácticas normalizadas que en ocasiones lleva al pedagogo a alejarse de propósitos de cambio institucional; puesto que a veces son subsumidos en la misma cultura escolar.

Resulta importante cuestionarse ¿Qué hacen y deciden los pedagogos ante los discursos normalizados? ¿Qué hacen los pedagogos ante los discursos naturalizados? Sin duda, los cambios de rutina, se enfrentan a estructuras rígidas y sedimentadas que entran en tensión con aquello que pretende emerger como diferente. Si uno de los desafíos del pedagogo es la acción de intervenir, no se puede dejar de reconocer que en la cultura escolar coexiste una lógica instituida (prácticas escolares sedimentadas) y una lógica de lo instituyente (intervenciones que modifiquen prácticas asentadas), además advertir que en todo proceso institucional siempre habrá fallas/faltas/intersticios a través de las cuales se pueden establecer otros ordenamientos discursivos de lo educativo, sea a través de un currículum; un método de estudio; una evaluación; una capacitación docente, etcétera. Es decir, las significaciones no serán definitivas sino temporales, no cerradas sino abiertas y contextuales.

4 "Es el tejido contaminado pero conectivo entre culturas: a la vez imposibilidad de la inclusividad de la cultura y límite entre ellas. Se trata de algo así como el entre-medio –in-between– de la cultura, desconcertantemente parecido y diferente" (Bhabha, 2003, p. 96).

5 Cabe apuntar que el pedagogo no sólo interviene en la escuela-institución, sino también en aquellos espacios sociales donde emerge una relación educativa, es decir, una formación de sujeto.

En suma, es indispensable para el pedagogo situar el diseño de propuestas y proyectos educativos como acciones de intervención en su propia condición histórica social y cultural. Cabe señalar que hacer algo diferente, es decir, intervenir no es una forma neutral y desinteresada sino parte de una intención por decidir y hacer algo distinto y eso, sin duda, es una intervención política.

El pedagogo está obligado a problematizar el mundo educativo, no solo el institucional sino donde tengan lugar relaciones educativas y formación de sujetos, situación que implica cuestionarse: ¿Cómo se ha llegado a naturalizar a normalizar el discurso educativo? ¿Qué tipo de relación establece lo educativo con el contexto social en el que se encuentra ubicado? Hacer estas preguntas implica desarrollar una imaginación por lo educativo en sus condiciones históricas, políticas y sociales. El pedagogo inicia su intervención al imaginarse hacer las cosas de otra manera, asumir una decisión (sea de cualquier tipo), es una cuestión complicada, sobre todo, cuando el quehacer está ubicado en el terreno educativo que se caracteriza por lo prescriptivo. En México, como argumenta Aguirre (1997), el campo de la pedagogía desde su fundación –años treinta y cincuenta– quedó escindido, al privilegiar un quehacer técnico para solucionar problemas y atender necesidades educativas.

Es posible advertir que el discurso del maestro no constituye un proyecto deliberado de un hablante autónomo desde una intención comunicativa sino que es asumido desde un orden, desde un sistema de producción del discurso, desde principios de control, selección y exclusión que actúan sobre su (re)producción de significados y sobre sus prácticas específicas (Díaz, 2000, p. 30).

Intervenir, hacer las cosas de otro modo, también es una manera de prescribir algo, por hacer otras cosas de manera diferente que implica reconocer diferentes significados. Para realizar esta acción, es imprescindible dar cuenta de los sistemas discursivos que han sido creados alrededor del acto educativo, con el fin de dar lugar a la emergencia de otros discursos y cómo en éstos se forman los sujetos, se construyen subjetividades y surgen identidades educativas, sociales y políticas. Otro desafío del pedagogo es el estudio del poder como una cuestión de primer orden. Entre el enseñante y el aprendiz surgen diferentes articulaciones que dan lugar a posiciones de poder. Un “poder que pasa de centrarse en el Estado [en la autoridad formal/institucional] a centrarse en las innumerables y polimorfos estrategias de control de las conductas dispersas en los intersticios de la vida social” (Da Silva, 2000, p. 11) y educativa. En nuestra vida contemporánea, es ineludible analizar el poder para pensar la pedagogía, el quehacer del pedagogo y la relación educativa, puesto que el poder ha transitado a una transferencia del control hacia el individuo, en nombre de la autonomía y la libertad. El poder, personificado por una autoridad, ha mutado a una forma que circula dentro de un espectro más amplio, que busca en el individuo el autoperfeccionamiento, como expresión de una gubernamentalidad.

En este sentido, “la existencia de un sujeto [educativo] no está ligada a voluntades o individualidades autónomas y libremente fundadoras de sus prácticas. El sujeto [...] está constituido, es formado y regulado en el discurso pedagógico, por el orden, las posiciones y diferencias que éste establece” (Díaz, 2000, p. 30). “La pedagogía al tener como referente lo educativo, exige identificar y analizar las prácticas educativas a través de las cuales se forman los sujetos –profesores, alumnos–, así la educación puede ser reflexionada y reconfigurada” (Cruz, 2010, p. 5). Estos párrafos orientan a pensar, por un lado, que la pedagogía problematiza lo educativo (objeto de estudio), como una construcción histórica, producto de tensiones, contingencias, inclusiones y exclusiones (Cruz, 2010), no busca una respuesta definitiva y verdadera; por otro, que en la vida de la escuela, la pedagogía es un dispositivo transitivo de mediación en la reproducción de la cultura (Díaz, 2000).

Las perspectivas del pedagogo

Expuesto lo anterior, identifico tres perspectivas de análisis en el quehacer del pedagogo: a) advertir la imposibilidad de una relación educativa plena y final; b) contextualizar toda intención educativa de modificar/intervenir una práctica o de orientar la formación de los sujetos sociales y educativos, es decir, identificar y marcar las aristas sociales e históricas en las que surgen las prácticas y las relaciones educativas; c) reconocer el tema del poder como un asunto de primer orden en los temas educativos.

Por un lado, advertir los desplazamientos teóricos y metodológicos de la pedagogía en nuestra contemporaneidad en los temas de enseñanza y desempeño docente, por otro, reconocer que “vivimos inmersos en conjuntos de prácticas discursivas que dan sentido a nuestras relaciones sociales, a la estructura de nuestra cotidianidad, y que dichas prácticas discursivas entran, a su vez, en el juego de las relaciones de poder” (Díaz, 2000, p. 32). Asimismo, señalar que el discurso pedagógico no es único, verdadero o definitivo, no es prescriptivo sino que pretende problematizar toda práctica educativa.

Si aceptamos que estamos atravesando un cambio de época, de mutación en nuestras prácticas educativas, por ejemplo, la forma en que las tecnologías de la información y comunicación están revolucionando las formas en que el sujeto se constituye en un tiempo de celeridad y prontitud, es imprescindible ubicar las nuevas y múltiples narraciones que modifican nuestra forma de aprender, de relacionarnos, de comunicarnos, de crear y producir conocimiento y construir la realidad educativa.

Ante esta manifestación social, cultural y educativa, es necesario pensar diferentes códigos de interpretación que nos permitan problematizar ¿Cómo se manifiesta en la educación estas mutaciones? ¿Quién se hará cargo de la responsabilidad educativa? ¿Puede

⁶ Categoría que permite problematizar la forma en que se disponen las cosas educativas en nuestra vida contemporánea, a través de tácticas, pautas y comportamientos el entorno escolar es regulado (Cruz, 2011).

cambiarse la estrategia manteniendo ilesa la vieja organización escolar? ¿Cómo afecta a la educación el cambio de una sociedad disciplinaria basada en un ejercicio de poder jerárquico y vertical a una sociedad de control distribuido en las propias redes de interacciones?

Estas y seguramente otras interrogantes están presentes en el actual o promisorio ejercicio profesional del pedagogo, también sin duda de otros profesionistas. “Así como no hay respuestas puramente objetivas, tampoco puede haber preguntas que reflejen los problemas que el mundo tiene, independientemente de nuestra experiencia del mismo” (Najmanovich, 2000, p. 59).

En este marco que nos circunscribe es necesario de trazar algunas rutas posibles para pensar la problemática educativa y el quehacer del pedagogo. Albergados en la escuela (o institución) es importante reconocer que lo educativo es complejo y multidimensional, con necesidades y demandas específicas en las que circula el poder; que toda propuesta y proyecto educativo y su implementación no son acciones neutrales sino que lleva consigo una intervención política; que el punto nodal de las transformaciones educativas es hacer las cosas de otra manera.

Los pedagogos continuaran transmitiendo conocimientos pero no como verdades absolutas sino como herramientas para producir otros saberes. Es importante reflexionar las pedagogías light “que se centran en técnicas y procedimientos en función de su capacidad de seducción, [que suele] básicamente en sustituir los viejos manuales por unos de nueva generación con más fotos, colores pero con aún menos de contenido” (Najmanovich (2000, p. 65 y 69). Tenemos que colocar la enseñanza y su vínculo con la producción de sentido, donde lo estético está asociado a lo ético y a lo político que deberá caracterizar el desempeño profesional del pedagogo.

Consideraciones finales

Si la pedagogía tiene como punto nodal el tema de la enseñanza, ésta no debe ubicarse o asociarse como un asunto o problema de utilidad, prescripción o demanda por satisfacer. “La pedagogía debe desnaturalizar y alejarnos de lo que creemos es nuestro mundo establecido” (Popkewitz, 1998, p. 68), interrogarnos que debemos mantener y qué alternativas debemos buscar, acción que exige códigos de interpretación, esquemas de inteligibilidad que permitan la comprensión del fenómeno educativo y, de esta manera, fortalecer entramados teórico y metodológicos para el estudio de la pedagogía y del quehacer del pedagogo.

Un desafío de la disciplina, es el análisis del discurso del poder construido en la educación, la imperiosa necesidad de desestructurar los sistemas discursivos que circulan alrededor de lo educativo –valores y jerarquías. Las propuestas educativas deberán girar por el qué enseñar y no solamente por el cómo enseñar, al mismo tiempo, examinar la

discursividad construida por los múltiples significados que dan sentido a la relación educativa y al contexto escolar. Entre los desafíos y las perspectivas del quehacer profesional del pedagogo estará no solo examinar la formación híbrida o mestiza del profesionalista, también en la capacidad para comprender los nuevos marcos conceptuales y las experiencias situadas que deberán resignificarse y recontextualizarse en un proceso educativo que no tiene límite.

Finalmente, el pedagogo tiene que advertir que las propuestas educativas, se producen en un complejo conjunto de intervenciones e interacciones que se entretajan alrededor de relaciones sociales en las que circula el poder; que los análisis educativos se distinguen por problematizar las narrativas globales y la exigencia de situar lo específico, lo concreto y local, admitiendo un ejercicio heurístico dispuesto por una lógica política que articule lo universal con lo particular.

Referencias

- Abbagnano, N y Visalberghi, A. (1993 [1964]). Historia de la pedagogía. México: Fondo de Cultura Económica.
- Aguirre, M. E. (1997). Calidoscopios comenianos I. México: UNAM/Plaza y Valdés.
- Alliaud, A. y Atelo, E. (2011). Los gajes del oficio: enseñanza, pedagogía y formación. Buenos Aires: Aique Grupo editor.
- Bhabha, H. (2003). El entre-medio de la cultura. En Hall, S. y du Gay P. (Comp.), Cuestiones de identidad cultural (pp. 94-106). Buenos Aires: Amorrortu.
- Château, J. (1985 [1959]). Los grandes pedagogos. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cruz, O. (2010). La pedagogía y el estudio de las políticas educativas. Un campo por explorar. PAMPEDIA Revista de las Facultades de Pedagogía, julio 2009-Junio 2010, núm. 6 pp. 4-12. Universidad Veracruzana, Veracruz –México.
- Cruz, O. (2011). Las políticas de formación docente y los procesos de gubernamentalidad. Una discusión sugerente. En Buenfil, R.N. y Navarrete, Z. (Coord.), Discursos educativos, identidades y formación profesional. Producciones desde el Análisis Político de Discurso, (pp. 293-312). México: Plaza Valdes/PAPDI.
- Da Silva T. (2000) Las pedagogías psi y el gobierno del yo en nuestros regímenes neoliberales. En Da Silva T. T. Las pedagogías psicológicas y el gobierno del yo en tiempos neoliberales, (pp. 9-14). Sevilla: Morón Grafidós.
- Díaz Barriga, A. (1995) Pedagogía-ciencias de la educación. Paradigmas para entender lo educativo. En Bartomeu, M., Juárez, S., Juárez, F., et al. (Coord.), En nombre de la pedagogía (pp. 46-63). México: UPN.
- Díaz, M. (2000). Foucault, maestros y discursos pedagógicos. En Da Silva, T. T., Las pedagogías psicológicas y el gobierno del yo en tiempos neoliberales (pp.29-42). Sevilla: Morón Grafidós.
- Furlan, A. (1995). Memoria, potencial de construcción, apuesta. En Bartomeu, M., Juárez, S., Juárez, F., et al. (Coord.), En nombre de la pedagogía (pp. 25-36). México: UPN.
- Juárez, F. (2007). Pedagogía: ¿Disciplina en extinción? Atinos y desatinos de un estatuto. México: Pomares.
- Najmanovich, D. (2000). El desafío educativo en un mundo en mutación. En Espósito, I. (Comp.), Psicopedagogía: entre aprender y enseñar (pp. 51-70). Buenos Aires: Fundación Escuela de Psicopedagogía Clínica/Miño y Dávila.
- Navarrete, Z. (2008). Construcción de una identidad profesional. Los pedagogos de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Universidad Veracruzana Revista Mexicana de Investigación Educativa, enero-marzo 2008, vol. 13, núm. 36, pp. 143-171.
- Popkewitz, T. (1998). La historia en la pedagogía. La pedagogía como historia. La vasija, 2, vol. 1, pp. 49-68.
- Rojas, I. (2006) Presencia de los clásicos en la producción discursiva de pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, Perfiles Educativos, vol., XXVIII, julio-septiembre, UNAM-IISUE, pp. 7-37.